
CAPÍTULO 21



Dicha práctica *Jeremy Bentham*

Si visitas el University College de Londres puede que te sorprenda encontrar a Jeremy Bentham (1748–1832), o más bien lo que queda de él, en una vitrina de cristal. Está sentado, con la mirada al frente y su bastón favorito, al que apodó «Dapple»¹ sobre las rodillas. La cabeza está hecha de cera. La auténtica fue momificada y ahora se encuentra en una caja de madera, aunque anteriormente sí había estado expuesta. Bentham pensaba que su cuerpo —él lo llamaba autoicono— sería mejor monumento conmemorativo que una estatua y cuando murió en 1832 dejó instrucciones sobre cómo proceder con sus restos. Esta práctica, sin embargo, no se ha extendido, si bien el cuerpo de

1. Nombre del asno de Sancho Panza en la traducción al inglés de *Don Quijote* (N. del t.)

Lenin sí fue embalsamado y se expone en un mausoleo especial.

Otras ideas de Bentham eran más prácticas. Como por ejemplo su diseño de una cárcel circular, el Panóptico. Él lo describió como «una máquina para volver honestos a los granujas». Una torre en el centro permitía a unos cuantos guardias vigilar a un gran número de prisioneros sin que ellos supieran si estaban siendo observados o no. Este diseño básico se utiliza hoy en día en algunas prisiones modernas e incluso en algunas bibliotecas. Fue uno de sus muchos proyectos de reforma social.

Mucho más importante e influyente fue la teoría de Bentham sobre cómo deberíamos vivir. Esta teoría, conocida como utilitarismo o el Principio de la Mayor Felicidad, consiste en la idea de que lo correcto es aquello que te produzca la mayor felicidad. Aunque no era la primera persona en sugerir este enfoque moral (Francis Hutcheson, por ejemplo, ya lo había hecho), Bentham fue el primero en explicar detalladamente cómo debía ser puesto en práctica. Quería reformar las leyes de Inglaterra para que pudieran proporcionar mayor felicidad.

Pero, ¿qué es la felicidad? Personas distintas usan la palabra de distinta forma. Bentham tenía una respuesta muy sencilla a la pregunta. Depende únicamente de cómo te sientes. La felicidad es placer y ausencia de dolor. Más placer, o mayor cantidad de placer que dolor, significa mayor felicidad. Para él, los seres humanos son muy simples. Dolor y placer son las mejores guías para vivir que nos ha proporcionado la naturaleza. Buscamos experiencias placenteras y evitamos las dolorosas. El placer es la única cosa que es buena en sí misma. Todo lo demás lo queremos porque creemos que nos proporcionará placer o que nos ayudará a evitar el dolor. Si quieres un helado, no es porque sea bueno por sí mismo. El verdadero motivo es que probablemente te proporcione placer cuando lo tomes. De igual modo, procuras no hacerte quemaduras porque eso resultaría doloroso.

¿Cómo se mide la felicidad? Piensa en un momento en el que has sido realmente feliz. ¿Cómo te sentías? ¿Podrías ponerle nota a tu felicidad? Por ejemplo, ¿fue de siete u ocho sobre diez? Yo recuerdo un trayecto en taxi acuático al irme de Venecia en el que sentí un nueve y medio o quizá incluso un diez. El sol se ponía por detrás del maravilloso paisaje y podía sentir el agua de la laguna salpicándome en el rostro mientras mi mujer y mis hijos se reían emocionados. No parece absurdo ponerle nota a experiencias como ésta. Bentham sin duda creía que el placer se podía cuantificar y que distintos placeres se podían comparar en una misma escala y con las mismas unidades.

Felicific Calculus es el nombre que le puso a este método de calcular la felicidad. En primer lugar, has de valorar cuánto placer te proporcionará una determinada actividad. Ten en cuenta lo que durará, la intensidad, la probabilidad de que dé pie a más placeres. Luego réstale cualquier unidad de dolor que pueda causar. Lo que te queda es el valor de esa actividad en términos de felicidad. Bentham lo llamaba su «utilidad», refiriéndose a su provecho, pues cuanto más placer proporcione una actividad más útil resulta a la sociedad. Por eso a la teoría se la conoce como utilitarismo. Compara la utilidad de una actividad con la puntuación de otras posibles actividades y escoge la que proporcione mayor felicidad. Simple.

¿Y qué hay acerca de las fuentes de placer? Se podría pensar que es mejor obtener placer de algo edificante como leer poesía que de jugar a un juego infantil o comer un helado, ¿verdad? No según Bentham. Cómo se produzca ese placer da absolutamente igual. Para él, una ensoñación es tan válida como una obra de Shakespeare si te hace igual de feliz. Bentham utiliza el ejemplo del *pushpin* –un juego infantil muy popular en su época– y la poesía. Lo único que importa es la cantidad de placer que produce. Si ésta es la misma, el valor de la actividad también: desde un punto de vista utilitario, el *pushpin* puede ser moralmente tan bueno como leer poesía.

Como hemos visto en el capítulo 20, Immanuel Kant sostenía que tenemos deberes, como por ejemplo «no mentir nunca», válidos para todas las situaciones. Bentham, sin embargo, creía que una acción es correcta o incorrecta dependiendo del resultado que se pueda obtener de ella. Y esto puede diferir según las circunstancias. Mentir no es necesariamente siempre algo malo. Puede haber ocasiones en las que sea lo correcto. Si, una vez tomados en cuenta todos los factores, creemos que se obtendrá mayor felicidad contando una mentira, eso es lo moralmente bueno en esas circunstancias. Si un amigo pregunta si le quedan bien sus nuevos pantalones vaqueros, alguien que siguiera a Kant diría la verdad aunque no sea lo que su amigo quiere oír; un utilitario, en cambio, pensaría antes si no se obtendría mayor felicidad contando una mentira piadosa. Si es así, la mentira es la respuesta adecuada.

Para su época, finales del siglo XVIII, el utilitarismo fue una teoría realmente radical. Una de las razones es que, si se calcula numéricamente, la felicidad de cualquiera es igual de importante; en palabras de Bentham: «Cada uno cuenta por uno, nadie por más de uno». Nadie obtiene un trato especial. El placer de un aristócrata no cuenta más que el de un pobre trabajador. No era así como estaba organizada la sociedad por aquel entonces. Los aristócratas tenían gran influencia sobre el uso de la tierra, y muchos incluso habían heredado el derecho a sentarse en la Cámara de los Lores y decidir las leyes de Inglaterra. No sorprende, pues, que algunos se sintieran incómodos con la importancia que le daba Bentham a la igualdad. Aunque quizá todavía más radical para la época era su creencia de que la felicidad de los animales era relevante. Puesto que podían sentir placer y dolor, los animales también formaban parte de su ecuación de la felicidad. No importaba que no pudieran razonar o hablar (a Kant sí le habría importado); desde el punto de vista de Bentham éstos no eran rasgos relevantes para la inclusión moral. Lo que importaba era su capacidad para el dolor y el placer. Ésta es la base de muchas campañas actuales para la

protección de los animales, como la de Peter Singer (ver el capítulo 40).

Lamentablemente para Bentham, su planteamiento general y su énfasis en tratar por igual todas las posibles causas de felicidad ha recibido grandes críticas. Robert Nozick (1938–2002), por ejemplo, ideó el siguiente experimento mental. Imagina que una máquina de realidad virtual te pudiera proporcionar la ilusión de vivir la vida, pero sin riesgo de dolor ni sufrimiento. En cuanto llevaras un tiempo enchufado a esta máquina, te olvidarías de que ya no estás experimentando directamente la realidad y quedarías completamente enganchado a la ilusión. Esta máquina generaría una amplia serie de experiencias placenteras. Sería como un generador de sueños; podría, por ejemplo, hacer que metas un gol en un Mundial o que disfrutes de unas vacaciones de ensueño. Todo aquello que te proporcione el mayor placer podría ser simulado. Como esta máquina maximizaría tus estados mentales de gozo, deberías, según el análisis de Bentham, permanecer el resto de tu vida enchufado a ella. Sería el mejor modo de potenciar el placer y minimizar el dolor. Y sin embargo, mucha gente, por mucho que disfrutara experimentando con la máquina de vez en cuando, se negaría a pasarse la vida enchufado a ella, puesto que hay otras cosas que valoran más que una serie de estados mentales de felicidad. Lo que esto parece demostrar es que Bentham estaba equivocado al defender que cualquier modo de obtener la misma cantidad de placer es igual de válido, y que no todo el mundo se guía únicamente por el deseo de maximizar el placer y minimizar el dolor. Este asunto lo retomó su excepcional pupilo y posteriormente crítico, John Stuart Mill.

Bentham estaba inmerso en su propia época y deseaba encontrar soluciones a los problemas sociales que le rodeaban. Georg Wilhelm Friedrich Hegel aseguraba ser capaz de adoptar una posición objetiva desde la que obtener una visión general de todo el curso de la historia de la humanidad; historia que se desarrollaba de acuerdo con un patrón que únicamente los más destacados intelectos podían comprender.